

Suicidio: el último verso de un poeta

Resumen: El suicidio no siempre ha sido considerado patológico y ciertos movimientos literarios, por ejemplo el Romanticismo, han llegado a ensalzarlo como solución a la dolorosa existencia. Sin embargo, de acuerdo con los conocimientos psiquiátricos actuales, el factor de riesgo de suicidio más importante es la existencia de un trastorno mental, principalmente la depresión y los trastornos afectivos. En el presente artículo se revisan los trabajos publicados sobre creatividad, poesía, enfermedad mental y suicidio, registrándose una elevada prevalencia de trastornos psíquicos y de suicidios en los artistas, sobre todo entre los poetas, afectos principalmente de trastornos del estado de ánimo. ¿Por qué esta coincidencia entre enfermedad mental y poesía? Las posibles respuestas se han ligado tanto a la psicopatología previa del poeta como a los efectos nocivos de la poesía sobre

La creatividad huye de las definiciones, pero quizá pudiéramos entenderla como aquel proceso mental que comprende la generación de nuevas ideas, conceptos o nuevas asociaciones a partir de las ideas o conceptos existentes (Sessa, 2008). Hoy sabemos que los dos factores que se relacionan con la creatividad son la inteligencia y la personalidad (De la Gándara, 2006). Mientras se admite que la primera constituye un factor necesario pero no suficiente para el proceso creativo, se han descrito diversos rasgos de personalidad, en ocasiones contradictorios (De la Gándara, 2006). Ludwig (1995) identificó un factor de personalidad que llamó “inconformidad psíquica” caracterizado por ausencia de contención emocional, inquietud, impaciencia e insatisfacción que conduce a la continua generación de un proyecto tras otro. De la Gándara et al (2002) realizaron un estudio mediante el

Inventario de Temperamento y Carácter de Cloninger (TCI) en un grupo de 100 artistas y 100 casos control. En la escala de temperamento se observó que los artistas tienden a la búsqueda constante de novedades, no les importa asumir riesgos, no tienen demasiada dependencia de las recompensas y son persistentes en la consecución de sus logros. La escala de carácter reflejaba que los artistas suelen ser personas con buena capacidad de autogobierno, tienden a la cooperación social y toman su papel en la vida y sus actividades creativas con un alto sentido del valor y de la trascendencia.

En conjunto, quizá pudiéramos destacar como atributos de la personalidad del artista la tolerancia a la ambigüedad, la perseverancia, el deseo de superar obstáculos, la voluntad de arriesgarse y la individualidad en el sentido de creer en la trascendencia de la propia obra (De la Gándara, 2006). La tradición griega ya relacionaba el genio y la locura, debate que se ha continuado hasta la actualidad. En nuestros días muchos investigadores defienden una asociación entre la creatividad o genialidad y la enfermedad mental, sobre todo los trastornos afectivos, a pesar de haberse objetado que los diferentes estudios adolecen de una escasa claridad conceptual y una metodología cuestionable (De la Gándara y García, 2005).

Poesía y suicidio

Según la leyenda, Safo, la primera poetisa, se suicidó arrojándose al mar desde un acantilado de la isla de Levkás tras ser rechazada por el joven marino Faón. Quizá date de aquellos tiempos remotos el tradicional romance que enlaza poesía y suicidio, pero el hecho es que la imagen popular del escritor como una figura maldita y condenada a morir joven ha sido confirmada por numerosas investigaciones (tabla III).

4.3.1. Tabla III

Ya Judá (1949) en su estudio sobre eminentes artistas y científicos alemanes comunicó unas tasas de suicidio de 1,8% y 1,6% respectivamente. Dos décadas después Simonton (1975) observó

que los poetas solían morir más jóvenes que los novelistas. Más recientemente han aparecido otras investigaciones que avalan sus hallazgos. Kaun (1991) encontró que los poetas solían morir jóvenes y que su vida era entre cuatro y nueve años más corta que la de sus contemporáneos en ciencias, artes figurativas y humanidades. Ludwig (1992) también comunicó una prevalencia más alta de trastornos afectivos entre los artistas, así como un significativo riesgo mayor de suicidio, sobre todo entre los poetas. Lester (1994) estudió a escritores del Reino Unido, Rusia, Japón y USA, encontrando tasas más altas de suicidio que en la población general. Ludwig (1995) confirmó que los poetas morían más jóvenes que los novelistas, los ensayistas y los escritores teatrales. Post (1996) estudió las biografías de 100 escritores, de los cuales ocho cometieron suicidio (8%). Seis eran poetas.

Stack (1996, 1997), utilizando datos de los Archivos de Mortalidad Nacionales de USA, encontró clara evidencia de un mayor riesgo de suicidio entre las profesiones artísticas. Ser un artista elevaba el riesgo un 270% respecto a la población “no artista”, si bien, tras controlar el género y las variables sociodemográficas en el análisis, dicho riesgo se reducía a 125%.

Simonton (1997) observó, en una muestra de 1.632 personajes históricos japoneses, que los escritores tenían una vida más corta que otros profesionales. Cassandro (1998), sobre una muestra de 2.102 personajes históricos relevantes (del 620 a.C. al 1800 d.C.) encontró que los músicos y compositores, los artistas figurativos, los actores, los filósofos, los científicos y los inventores vivían 3'66, 4'53, 5'04, 5'69, 6'33 y 7'60 años más que los literatos. Preti and Miotto (1999) estudiaron las muertes por suicidio en una muestra de 3.093 artistas. Se observaron 59 suicidios (tasa de 1,9%). Tanto poetas como narradores (las profesiones más solitarias) mostraron las mayores tasas de suicidio (2,6% y 2,3% respectivamente), resultando exageradamente altos los valores para las mujeres

poetas (14,28%).

Preti et al (2001) con una muestra de 4.564 artistas encontraron resultados similares. De los 63 suicidios (1,3%) observados, los músicos tuvieron el menor riesgo (0,2%), los artistas plásticos algo más (0,7%) y los literatos el más alto (2,3%), especialmente los poetas (2,6%). Kaufman (2003) utilizó una muestra de 1.987 escritores procedentes de cuatro culturas diferentes (americana, china, turca y europea del este) y de periodos históricos diversos. Tanto los poetas como las poetisas tenían las vidas más cortas de todos los tipos de escritores en tres de las culturas examinadas y la segunda más corta entre los escritores europeos del este (siendo superados sólo por los dramaturgos).

Pero no sólo los suicidios consumados han merecido la atención de los investigadores, las tentativas de suicidio de los artistas también han sido estudiadas. Por ejemplo, Andreasen (1987) las encontró en un 7% de escritores, Ludwig (1992) en un 18% de poetas, Schildkraut (1994) en un 13% de artistas y Post (1996) en un 8% de escritores.

5. Conclusiones y Discusión
Desde nuestro punto de vista, quizá lo primero que cabe plantearse es si la locura puede ser una explicación para el suicidio de los poetas. Teniendo en cuenta los datos expuestos anteriormente, creemos que la elevada prevalencia de enfermedades mentales entre los artistas es demasiado convincente para ignorarla. Y, dentro de las artes, la literatura ha mostrado la asociación más fuerte, principalmente con los trastornos del estado de ánimo (Andreasen, 1987) (Jamison, 1989) (Post, 1994) (Ludwig, 1995).

Existen diversas hipótesis que intentan explicar este dramático maridaje. Se ha dicho que los artistas tienen un grado de vulnerabilidad muy alto debido a la insatisfacción provocada por el choque entre el mundo por ellos pensado y el mundo real (Andrés, 2003d), que su propia "inconformidad psíquica" (*psychological unease*) predispone a la enfermedad mental por su carga de impaciencia, desasosiego y falta de descanso (Ludwig, 1995) y que las

artes atraerían a las mentes inestables por su mayor potencial creativo (Ludwig, 1992) (Cassandro, 1998) y porque ofrecen una forma de autotratamiento mediante la sublimación de los conflictos personales (Preti and Miotto, 1999). Por el contrario, también se ha planteado que las profesiones creativas agravarían los problemas mentales latentes a consecuencia del estrés especial que conllevan (Ludwig, 1992). Lo cierto es que las fases hipomaniacas podrían favorecer las actividades productivas, incrementar las asociaciones mentales originales y mejorar la memoria y la concentración (Preti and Miotto, 1999) (De la Gándara y García, 2005); y que las fases depresivas facilitarían la meditación y el acceso a dimensiones vitales profundas, permitiendo considerar temas ligados a la culpa, la tristeza y la muerte (Preti and Miotto, 1999) (Carbonell, 2006). Lester (1990) y De la Gándara et al (2004) han investigado la posible existencia de enfermedades mentales previas en literatos que fallecieron por suicidio.

Lester (1990) examinó las vidas de trece famosos escritores que cometieron suicidio en el siglo XX. Había evidencia de trastornos afectivos en siete de los protagonistas y en los seis restantes la depresión estaba también presente, si bien no tan grave como para considerarla enfermedad psiquiátrica. Cinco abusaban de alcohol y drogas. Parece claro que la depresión influyó en prácticamente todos los suicidios pues el consumo de alcohol probablemente fuera una estrategia para sobrellevarla. De la Gándara et al (2004) realizaron un estudio descriptivo de las características de 67 poetas de la época contemporánea que cometieron suicidio. Treinta y tres (casi el 50%) estaban en tratamiento psiquiátrico o padecían una enfermedad depresiva o psicótica documentada, y en 23 más (34%) era presumible el padecimiento de un trastorno mental o de la personalidad. Es decir, en total 56 poetas sufrían problemas psiquiátricos (83,5%).

Es decir, los estudios reflejan una elevada tasa de suicidios en los poetas y la existencia de una

elevada prevalencia de trastornos mentales. Pero, ¿por qué esta coincidencia entre enfermedad mental y poesía? La pregunta se ha intentado responder mediante explicaciones ligadas tanto a la psicopatología previa del poeta como a los efectos nocivos de la poesía sobre el estado de ánimo. Según la primera visión, los poetas serían individuos especialmente sensibles que, antes de ser poetas, ya se aproximaban a la depresión y al suicidio. Por el contrario, para otros, los efectos nocivos de la poesía provocarían su desequilibrio mental (Stirman y Pennebaker, 2001).

En otras palabras, ¿son suicidas antes que poetas o poetas antes que suicidas? (De la Gándara et al, 2004). Creemos que se precisan nuevos estudios que analicen comparativamente la psicopatología previa de poetas que murieron por suicidio y por muerte natural, así como sobre la posible psicotoxicidad de la poesía. En cualquier caso, lo que parecen demostradas son las palabras de Gallero (2005) cuando afirma: "la poesía es uno de los muchos caminos por los que un hombre arriesga su vida".

